

Todos somos bulbos
Por Carlos Thiebaut
Septiembre de 1992
Exposición Herbolario

Mi trabajo trata del cuerpo. Pero no del cuerpo humano sino que incluye al mundo vegetal y hasta los objetos domésticos vistos desde dentro, desde la intimidad. Hablar del cuerpo a lo mejor es un intento de acercarse al origen, de tener memoria, de no olvidar cómo estamos hechos y qué nos rodea.

Una vez encontré un dibujo de un códice mexicano en el que aparte de la planta se incluía la tierra que la contenía y las hierbas que nacen en su entorno. Comenzó mi afición a estas imágenes que, como un libro de viajes, descubre un mundo particular en el cruce del dibujo que describe y el pulso del autor.

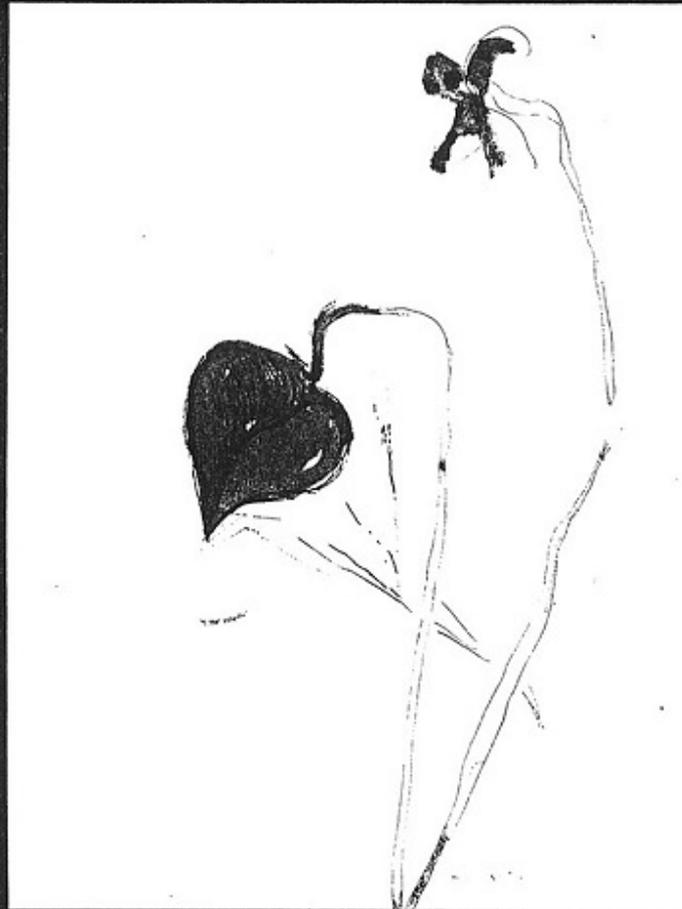
En las mías he hecho una combinación azarosa sobre las plantas que conozco y las que copio de diferentes herbolarios. En mi clasificación está la relación visual con la planta pero sirve para analizar su vínculo conmigo, con el terreno de los sentimientos y de las sensaciones.

Formada dentro de una cultura híbrida, mi trabajo se nutre de esa circunstancia. No siempre es fácil, ya que hay una mirada de afuera que exige seamos diferentes, a la medida de su idea del otro. Ser de una cultura híbrida permite tomar lo que se desee de un extremo al otro, del pasado indígena al presente cosmopolita, de la diversidad de formas de vida que todavía coexisten de manera antagónica. ¿Que si mi trabajo puede definirse como latinoamericano? Creo que la posibilidad de las imágenes, de las artes visuales, es encontrar en algo pequeño la ambigüedad necesaria para rebasar cualquier circunstancia del autor sin olvidar el nombre del lugar.

TODOS SOMOS BULBOS

CARLOS THIEBAUT

Las metáforas iluminan de manera sorprendente, inusitada, algún concepto o realidad cuyo nombre, por usual, ha quedado agostado. Con el nuevo nombre, crean nuevos sentidos que declaran clausurados otros anteriores. Para hablar de cosas nuevas, o de cosas viejas de manera nueva, son necesarias nuevas metáforas. Cuando las metáforas se encadenan y se encabalgan por haber descubierto nuevos territorios cuya fecundidad no se recorre con un solo pequeño conjunto de palabras, las metáforas se convier-



1 Cuerpo, 1991



3 Hefechos, 1991

ten en alegorías, que son intrincados laberintos y amplias llanuras donde los nuevos nombres se entrecruzan, tejen, para iluminar nuevas realidades.

El herbolario de Magali Lara es una alegoría tal. La pintora mexicana, que antes había hablado de la vida y de la identidad con objetos y ventanas en su época conceptual, y que luego había mostrado la llamada intimidad en interiores que eran hogares —aspidistras y jarrones que florecían y se regaban con flujos de agua en los que se conectaban objetos y sentimientos—

quiere ahora hablar otro lenguaje para mostrar el hecho de vivir, el pasmo que suscita el que algo viva. Ese pasmo del vivir es quizá más básico, más hondo o radical, de lo que solemos concebir al pensarnos como animales dotados de razón. La razón es instrumento de la vida, pero no la vida misma. Y hablar de la animalidad de la vida humana ocultaría ese rasgo radicalmente pasivo del hecho mismo del germinar y del crecer sin intervención de la voluntad. Es ese rasgo el que Magali Lara descubre en los tejidos de la filiación y de la maternidad: el

que algo nos nace, el que al nacer nos algo nos descubre como nacidos.

El herbolario, los nuevos dibujos, grabados y pinturas de Magali Lara quieren desnudar no sólo de razón, sino también de vida animal, la experiencia de la vida que crece —a veces como un extraño— dentro de la mujer. Pero, también, y por ese descubrimiento, la metáfora continuada del bulbo vegetal que echa tallos y descubre cómo le nacen raíces, ilumina la ciega sensación de pertenencia, de ahijamiento, de absoluta vinculación.

Los herbolarios eran en siglos



4 Cuerpo, 1991



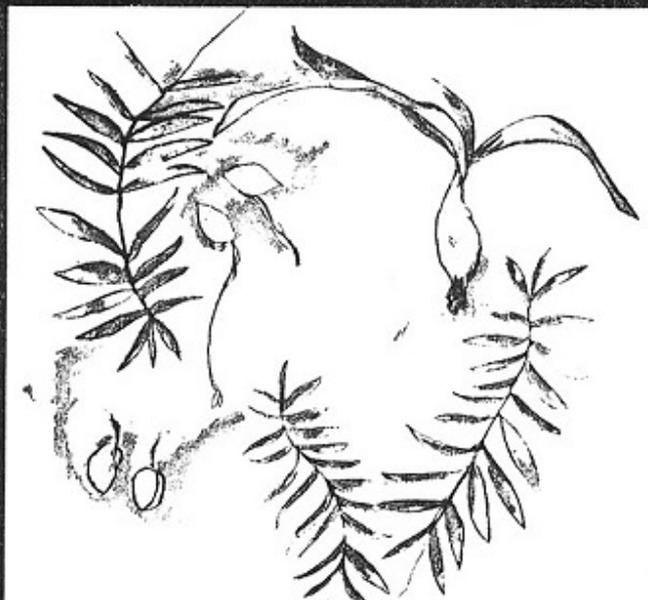
5 Helechos, 1991

anteriores tarea ilustrada, puesta al servicio de una taxonomía del mundo que mostraba el orden racional de la naturaleza. Irónicamente, el de Magali Lara, por el contrario, muestra el orden no racional y no voluntario de la génesis de la vida. Al igual que el botánico ilustrado clasificaba, en su gabinete, la necesaria ordenación racional del mundo, Magali quiere desvelar desde el suyo el también necesario desplegarse de las formas del vivir, pequeñas y definitivas.

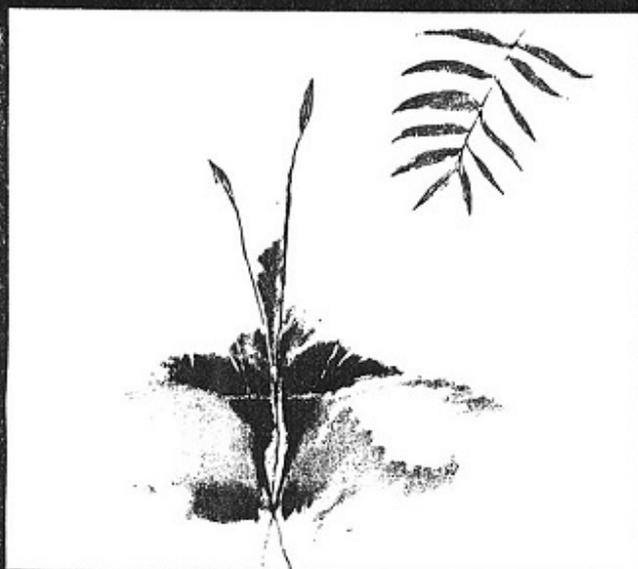
Quienes trabajamos con la frágil herramienta de la racionalidad nos sentimos por oficio más cercanos al herbolario clásico, e inquietos, por lo tanto, ante esa alegoría que habla de la interioridad del ser humano por el exclusivo medio de este lenguaje vegetal: no es sólo ya la irracionalidad, sino la mera involuntariedad del vivir y del morir lo que Magali Lara reclama como signo



Semillas, 1991



Origen, 1991



Cebollos y helechos, 1991

distintivo de su identidad; o quizá hable un vivir que tiene voluntad propia, fuera o al margen de la nuestra. Quienes nos asimos inseguros al clavo ardiendo de la razón, quisiéramos, tal vez, hallar otras palabras con las que definir nuestro vivir y nuestro despegarnos del suelo en el que crecimos. Intentamos, por ello, acallar con algún razonamiento o con otras metáforas la provocación inquietante —pero callada, en voz aparentemente menor— que Magali Lara nos lanza. Pero su metáfora, su alegoría, insiste en iluminarnos —y de manera no gastada— esa brutalidad, a veces angustiosa, que es el ser nacidos y que es el que algo nos nazca. Para Magali Lara, la vida nos acontece; nos es, nos hace; no la hacemos. Somos desde la tierra, anclados a ella. La vida es, entonces,

como la de los bulbos de incierto nombre y especie —mitad ajo, mitad cebolla, chalotas de muchos rostros— que, lentamente, empiezan a echar flores y se colorean, pasando de la delicadeza de matices grises hasta la casi agresividad de los rojos y los amarillos, explotando.

La potencia de las alegorías radica en que lo que ellas dicen no puede ser parafraseado, sin pérdi-



Ajos, 1991



Helechos, 1991

das, en otro lenguaje. La fuerza de la continuada metáfora de Magali Lara radica en que los nombres que le pone con sus bulbos y sus flores a la vida humana —dolor, nacer, pérdida, aparecer— nos descubren motivos internos ante los que no sabemos si gozarnos o inquietarnos, si solazarnos o analizarnos, como hacían los naturalistas del dieciocho; nunca, en cualquier caso, son nombres prescindibles.